

Alemania, ni esa ciencia movísima llamada «Demodoxalología» (Ciencia de la Opinión Pública), tal como puede estudiarse en Roma, son capaces de cerrar el sistema ideal para la formación integral del personal de televisión.

La última razón habrá que buscarla en esa inevitable polarización que el único tipo de periodismo conocido hasta hace poco ha venido ejerciendo en toda manifestación ulterior de las nuevas formas de expresión y comunicación humanas. Creo que urge una emancipación de la televisión insistiendo en aspectos nuevos nacidos de técnicas nuevas.

La televisión no es sólo un periodismo en imágenes; es algo mucho más profundo en su naturaleza y en sus consecuencias. Mientras esto se ignore en la práctica por parte de quienes tienen la obligación de la formación de los profesionales de televisión seguiremos padeciendo efectos negativos de gran alcance, debidos a una visión unilateral y fragmentaria de esa vastísima influencia que en lo humano está llamado a ejercer este poderoso instrumento.

(Continuará.)

y III

La educación de adultos

JOSE ANTONIO PEREZ-RIOJA

Doctor en Filosofía y Letras, Bibliotecario, Director de la Casa de Cultura de Soria

III. LA LECTURA Y LOS MEDIOS AUDIOVISUALES EN LA EDUCACION DE ADULTOS

FUNCIÓN DE LA LECTURA EN EL MUNDO ACTUAL

— En una época de predominio técnico como la nuestra se vive más aprisa, más hacia fuera. Por un trastrueque de valores, parece que la civilización se superpone a la cultura, como si la máquina venciera al espíritu. De aquí el que algunos crean que la función del libro está agotada. Pero no lo está, aunque ciertos signos externos pretendan demostrarlo. Quizá, y como el más peligroso de todos, el hecho evidente de que nuestro tiempo no cultiva el silencio, asediado el hombre como está por los mil ruidos diferentes —en la calle, en la fábrica, en el taller, en el espectáculo, en la propia casa—, que le acechan hasta en su misma intimidad.

Es el libro —y lo seguirá siendo— la expresión más genuina de la cultura. La cultura, por su parte, supone una suma de valores eternos, un

conjunto de formas de vida: artes, ciencias, historia, literatura, tradiciones, etc. Tal es la razón de que la función social y educativa de la lectura no esté agotada hoy ni llegue a estarlo en un futuro más o menos próximo. Porque los medios audiovisuales no han suplantado al libro ni llegarán a desplazarlo de esa función educadora del espíritu que, a través de un íntimo y silencioso coloquio entre lector y autor, implica la lectura.

No son enemigos —y no debe contribuirse a que lo parezca— el libro y los medios audiovisuales. De su ponderada colaboración cabe esperar, por el contrario, los mejores frutos. Todas estas nuevas técnicas —la radio y la televisión, especialmente— pueden sembrar inquietudes, despertar curiosidad, abrir horizontes más amplios... Pero todo eso no debe quedar ahí, en unas voces y unas imágenes que se esfuman, que se pierden o se desdibujan en el vacío de nuestra conciencia. Es el libro —necesariamente— el que ha de venir después para fijar esas voces e imágenes, para sedimentar conocimientos, para enseñar a pensar, para producir en cada hombre un clima espiritual creador y constructivo.

LOS «CENTROS DE LECTURA»

Pero hace falta, además, enseñar a leer, no en el mero sentido literal de la expresión, sino en el más profundo de enseñar a interpretar un texto, de penetrar en el pensamiento de un autor, de captar el clima espiritual, el ambiente, el mensaje de una obra; de llegar a ser capaces, también, de saborear las bellezas de la forma o el estilo.

No se trata ya de un problema de escasez de bibliotecas, de libros o de lectores. Se trata, sobre todo, de formar lectores en el más pleno sentido de esta palabra. En este aspecto, creo que una de las iniciativas llevadas a la práctica en Italia con mayor acierto y eficacia es la concepción y creación —a partir de 1951 (1)— de los «centros de lectura», uno de los instrumentos más poderosos en la educación de adultos. No basta con atajar el analfabetismo literal; es preciso combatir —y combátirle es no darle ocasión a que se produzca— ese otro analfabetismo de retorno —el de los que, sabiendo leer, no leen—, que es mucho más peligroso, porque implica, en el fondo, una pasividad grave y, a veces, casi incurable.

Evitar ese analfabetismo por retroceso ha sido el origen de los «centros de lectura» (2), que no son el nombre nuevo de algo ya existente —las escuelas y las bibliotecas—, sino una especial fusión de ambas, pero en el sentido etimológico de la voz griega σχολή (= *schola*, «escuela»), como lugar de reposado recreo para la mente.

El «Centro de lectura» puede y suele ser un aula escolar adecuadamente transformada en un círculo de convivencia para jóvenes y adultos en torno a una selecta colección de libros. Mas, para que no resulte algo inerte, su elemento vivificador es el «guía» o «dirigente» que, con sus dotes de animador, logre llevar a cabo su alta función social y educativa: acercar al hombre hacia los libros, estimular su diálogo con esos libros, enseñarle a interpretarlos y a gustar de sus enseñanzas y de sus bellezas. El Centro de lectura lleva una vida próspera si quien lo dirige lo hace vivir con su propia cultura, con su entusiasmo y su actividad.

Como es lógico, los jóvenes y los adultos que frecuentan un centro de lectura tienen sus problemas, sus dudas, sus deficiencias de formación. Esto es lo que da lugar al dirigente a intervenir con tacto, con inteligencia, con un espíritu de abierta cordialidad, previendo las necesidades de cada cual y tratando de resolver, uno por uno, los diferentes casos particulares.

Como el Centro es, en cierto modo, una escuela, esto es, una escuela en que se intenta enseñar a leer, a comprender un texto, el «diri-

gente» debe ser un excelente lector. He aquí, una vez más —y no ocurre tan sólo en las artes plásticas—, la influencia de Grecia y de la antigua Roma en Italia. Quiero decir que en esas condiciones de *optimus lector* requeridas a los actuales dirigentes de estos centros se transparenta una lejana pero no menos evidente influencia de los antiguos maestros griegos y latinos, persuadidos de que la belleza del verso o de la prosa no puede apreciarse si no se lee en voz alta y con expresión. Quizá aceche el peligro si la expresividad llega a transformarse en una grandilocuencia afectada o declamatoria, de la que los italianos se hallan, histórica y temperamentalmente, más cerca que nosotros. Pero los actuales dirigentes de estos centros de lectura saben muy bien que no es posible llegar a una lectura eficaz sin una adecuada comprensión del texto. Porque leer, en definitiva, es ponerse en contacto con el pensamiento de un autor, es insertarse en el clima de unas páginas, es interpretar bien y es, asimismo, recrear en el propio espíritu lo que esa lectura ha sido capaz de transmitir o de sugerir. «Leer —como ha dicho alguien— es un acto de fe, un ejercicio de amor, una acción vital.»

He aquí, pues, la compleja y difícil misión de los dirigentes de estos centros, al confiárseles el mejorar o elevar la calidad de los lectores. ¿Qué libros ofrecerles? ¿Cómo presentárselos? Si el dirigente es un buen psicólogo, conocerá en seguida las necesidades, las exigencias e incluso las apatencias de quienes frecuenten el Centro de lectura. Ha de satisfacer a todos con ponderada cautela, sin decepcionarles, pero tratando de elevar, de mejorar sus gustos, y así irá graduando sus lecturas. Si el libro es el protagonista, la lectura es la función educativa de estos centros, y sus dirigentes, por encima de todo, sus animadores.

¿Cómo se forma un centro de lectura? ¿Cómo funciona? Al comienzo de cada curso, el dirigente del Centro de lectura, en contacto con el director didáctico, propone al inspector de estudios la adquisición de los libros que considera más adaptados a la capacidad de los asistentes. Entonces se concede por el Ministerio de Instrucción Pública una asignación. Con suponer bastante este acrecentamiento de una bien cuidada selección de libros, es aún más importante que cada libro, cuidadosamente estudiado y comentado ante la treintena de lectores que acuden a cada centro, adquiera su verdadero valor y se proyecte adecuadamente sobre esos lectores. Porque ellos se ven obligados después a comentar las obras leídas en unas fichas —a las que ahora voy a referirme— donde hay unas preguntas fijas, a las que es preciso contestar, y otras libres, voluntarias por parte de cada lector. El examen posterior de unas y otras preguntas ofrece a dirigentes y animadores datos del mayor interés sobre el grado de cultura, acerca de

(1) En cifras absolutas, los hay en mayor número en la Italia septentrional, siguiendo luego, por este orden, en el mediodía, en el centro y en las islas.

(2) Según las normas de creación vigentes, no deben establecerse centros de lectura en aquellas localidades en las que ya existan bibliotecas populares o escolares u otras instituciones análogas.

las tendencias y los gustos de los diversos grupos de lectores.

En los centros de lectura se discute y se cambian impresiones sobre los libros leídos, en torno a los personajes de ciertas obras; sobre el asunto de una comedia o de una película, acerca de una audición de discos y en torno a otros diversos motivos de algún interés cultural. Se sostienen también conversaciones con personalidades de relieve en la localidad —especialmente invitadas— acerca de ciertos temas de actualidad propuestos por los mismos lectores.

Como hábito normal, se aclaran a los lectores sus consultas, sus dudas, sus preguntas sobre los libros que leen o que desean leer. Y, entre otras varias facetas de su actividad, también organizan los centros de lectura cursos de idiomas extranjeros, de economía doméstica y sobre otras materias.

LAS «FICHAS DE LECTURA»

La *scheda di lettura*, o «ficha de lectura», lejos de negar la posibilidad de una autonomía integral de la lectura del libro, contiene múltiples elementos informativos, útiles y ejemplificadores, que permiten formar auténticos lectores. La ficha no pretende —ni debe pretenderlo tampoco— sustituir al libro. Tan sólo intenta ayudar a comprenderlo, y para ello señala obras de interés particular, aporta bibliografía en torno a la obra y ofrece otros datos, directos e indirectos, con relación al autor.

Como he indicado anteriormente (3), la «Unione Italiana della Cultura Popolare» (UICP), entre otros materiales didácticos, ha iniciado desde 1962 —primero, en las páginas de su revista *La Cultura Popolare*; luego, ya independientemente— la publicación de estas «fichas de lectura», que son folletos alargados, en cuarto, de unas 20 páginas. Tomemos, como ejemplo, uno de los últimos publicados, el número 20 de esta colección: *El sargento en la nieve*. A continuación del título de la obra, y en la misma cubierta, se ofrecen estos datos:

- Autor: Mario Rigoni Stern.
- Género: Memorias.
- Editor: Einaudi.
- Primera edición: 1953.
- Páginas: 157.
- Precio: 1.300 liras.
- Público lector: Para cualquier público.

En el interior de sus páginas —bajo el expresivo epígrafe «Para comprender la obra»— se estudian con claridad, en un tono preciso y con la suficiente extensión, los aspectos siguientes:

- 1.º Ambiente de época.
- 2.º Resumen del tema o argumento.
- 3.º Punto de vista del autor.

(3) En la parte II de este mismo trabajo.

4.º Lenguaje y estilo.

5.º Algunas opiniones sobre la obra (en este caso se ofrecen tres críticas, aparecidas en *Il Tempo*, *Oggi* y *L'Europeo*).

6.º Noticia sobre el autor.

7.º Otras obras del mismo autor.

8.º Bibliografía crítica.

9.º Bibliografía sobre el mismo tema o asunto.

Luego, bajo el epígrafe «Para la lectura», se ofrecen:

1.º Consejos para la lectura.

2.º Páginas para leer y comentar los diversos pasajes de la obra. (Se señalan determinadas páginas para la *primera voz* y otras para la *segunda voz*.)

Finalmente, como «puntos para la discusión», se ofrecen en esta obra los siguientes:

- La época.
- Las condiciones de los soldados italianos.
- La conducta de algunos hombres del frente en circunstancias particulares y de cara a la población rusa, así como la actitud de ésta hacia quienes se retiraron después de la invasión.
- Relaciones entre la tropa y los oficiales.
- Responsabilidad del hombre individual en relación con la masa.
- Posición del autor frente a tales vicisitudes, siendo un participante en ellas que no renuncia a su sentido de humanidad ni a su espíritu de independencia.

Por último, se dejan dos páginas en blanco para las «notas» personales que desee escribir el lector.

Muy diversos autores italianos y otros extranjeros —como Hemingway, Bernanos, Camus, Simenon o Graham Greene— figuran, con obras muy representativas, entre los ahora elegidos para estas «fichas de lectura». Asimismo, la UICP ha iniciado recientemente las fichas de películas, entre las que recuerdo las dedicadas a filmes como *Bellissima*, *La sed del poder* o *Tempestad sobre Asia*.

EL «LEONARDO»

El «Ente Nazionale di Biblioteche Popolari e Scholastiche», de Roma, inició en 1952, y sigue publicando anualmente, *Il Leonardo*, que es —como indica el subtítulo— «un almanaque de educación popular». Su finalidad es la de ofrecer un libro adecuado a todos aquellos a quienes se confía la educación de adultos, ofreciéndoles una panorámica de los problemas e intereses ambientales y humanos capaces de estimular su atención y su reflexión. Un libro con datos inmediatos, noticias rápidas y abarcables de una sola mirada. Una utilísima publicación, en suma, que intenta resolver, de una manera nueva y atractiva, el problema de la divulgación y de la información en general.

LOS «CENTROS MOVILES DE LECTURA»

La llamada «Scuola del Leggere», instaurada a través de los centros de lectura, ha encontrado después más amplias posibilidades de expansión en los «centros móviles de lectura», o bibliobuses, ya que estas bibliotecas rodantes han permitido llevar el libro a los lugares más apartados de Italia.

Ya en septiembre de 1952 se inició en Módena, a título de ensayo, la constitución del primer centro móvil de lectura: un vehículo perfectamente adaptado para albergar 2.000 volúmenes, como una verdadera biblioteca rodante, con cuatro grandes vitrinas o escaparates al exterior para la exposición de obras diversas y un buen número de cajas con lotes de libros para renovar las colecciones bibliográficas de los centros de lectura.

El bibliobús ha venido a ser la avanzadilla, la fuerza de choque en aquellas barriadas, poblaciones deprimidas o puntos muy apartados, donde se pretende crear una atmósfera de lectura, precedida o acompañada de campañas de radio, cine, televisión, audiciones de discos y otros medios audiovisuales al servicio del libro.

LOS MEDIOS AUDIOVISUALES

Como vemos, una utilísima aplicación de los medios audiovisuales—como en este caso del bibliobús italiano citado—es la de convertirse en un magnífico instrumento de penetración social, a la manera de un aldabonazo, en las mentes adormecidas de ciertos sectores de la población

rural o suburbial. Está demostrado que si la biblioteca rodante va precedida o acompañada de una campaña de audiciones, proyecciones, exposiciones, etc., se puede crear un clima propicio a la lectura. Lo que se requiere después no es sólo mantenerlo—como se sostiene una posición avanzada en un frente de guerra—, sino fomentarlo a plazo muy largo, hasta lograr que se haya enraizado allí la lectura definitivamente.

También son los medios audiovisuales un excelente complemento en las clases. Como he podido comprobar en Italia (4), los medios audiovisuales se programan y realizan, dentro de la enseñanza escolar de dicho país, en su mera dimensión técnico-instrumental. Es decir, predomina su utilización didáctica del mismo modo que viene ocurriendo, hasta ahora, entre nosotros. Pero, como he señalado antes, esto sólo no basta. Las clases de educación de adultos, de una parte, y, de otra, el fomento inteligente de la lectura pública ofrecen, cada día más, la posibilidad—poco explotada hasta ahora—de que los medios audiovisuales se empleen, además de como instrumentos didácticos, como instrumentos autónomos que estimulen y cooperen—mediante acciones previas o paralelas—a la formación intelectual y espiritual de la colectividad.

(4) He tenido ocasión de visitar detenidamente en Roma—acompañado de los profesores A. Mura, Dott. Enzo y Dottoressa Boschetti—el «Centro Nazionale per i Sussidi Audiovisivi», al que corresponde la organización de las cinetecas estables y de las filmotecas como órganos de distribución y de cultura audiovisual, así como el activar el incremento del uso de los medios audiovisuales en los centros docentes y el atender cualquier iniciativa que lo desarrolle. También realiza una importantísima labor la Discoteca Nacional que, entre otras grabaciones, ha iniciado—como en nuestro país—un Archivo de la Palabra.



La crisis de la adolescencia y la educación

FLORENCIO OLLE RIBA

*Licenciado en Pedagogía
y Director Técnico (P. E.) del Colegio «Nelly»
Barcelona*

El decreto firmado por Su Excelencia el Jefe del Estado el 29 de abril de 1964, publicado en el *Boletín Oficial del Estado* del 4 de mayo del mismo año, sobre la ampliación del período de escolaridad obligatoria hasta los catorce años, plantea una serie de problemas de orden educativo que afectan a toda la organización escolar.

En efecto, en la actualidad nos enfrentamos con una situación bastante paradójica que, a no dudar, planteará serios inconvenientes a la hora de su real aplicación.

En primer lugar están los escolares que, por haber sobrepasado la edad reglamentaria para serles aplicada tal disposición (los nacidos con anterioridad al año 1954), les afecta relativamente, por ser una promoción a extinguir, pero que no por ello debe sernos indiferente su problema, por la serie de inconvenientes en que se hallan inmersos de manera circunstancial.

Pero el verdadero problema se plantea al considerar a los alumnos que en la actualidad se hallan ya afectados por tal disposición. Tales alumnos, en el momento presente, se ven obligados a considerar su situación de manera diferente, según sea la modalidad de estudios que escojan, y que puede resumirse así:

1.º Los alumnos que, siguiendo una escolaridad regular en la escuela primaria, se hallarán a los catorce años, al dar por finalizados sus estudios, en posesión del certificado de estudios primarios.

2.º Los que estando en posesión de dicho certificado querrán continuar sus estudios, los cuales, después de ser sometidos a un examen de madurez, podrán matricularse en el tercer curso de bachillerato general o laboral.

3.º Los que a los diez años, y según sea su promoción escolar, podrán, automáticamente, y sin previo examen, iniciar los estudios de enseñanza media o bachillerato.

Indudablemente, cada una de estas modalidades de estudio tiene sus peculiaridades.

En el orden estructural del armazón educativo pueden surgir serios inconvenientes, y no pocas desorientaciones, al tratar de acoplar ciertas normas educativas a alumnos que, evidentemente, no serán preparados de forma cíclica para afrontar una realidad que puede quedar desfasada por tal causa.

Ahora bien, es indudable que, al margen de los diferentes matices que el problema plantea, hay que tener en cuenta que el escolar, en todos los casos, es una entidad única, tanto en lo físico como en lo mental.

Por tanto, su formación, en fase de desarrollo, no puede variar en lo esencial, al margen de lo puramente instructivo. La estructura mental del niño, salvando las naturales individualidades, tiene idéntico fin a cumplir en el plano formativo.

Si cada uno de los diferentes aspectos antes apuntados intenta resolver, a su manera, el problema, nos exponemos a una verdadera «deseducación», al pretender, cada educador, imponer su propio criterio, al margen de lo básico y fundamental.

Si el educador limita su acción sobre el hecho secundario de su propia metodología, sólo logrará recargar la mente del niño de un cúmulo de nociones totalmente deshilvanadas que sólo servirán para desfocar el verdadero postulado a que le obliga su misión, premisa elemental para el buen éxito de una auténtica capacitación del adolescente.

Una de las principales funciones de la educación, en la edad nodal de los diez a los catorce años, debe consistir en impartir unos principios perfectamente coordinados, encaminados a que el escolar se habitúe a una clara visión de sus problemas, tanto en el plano afectivo como en el plano intelectual. Es decir, preparar el proceso por el que la personalidad del educando salga lo suficientemente perfilada para enfrentarse con la realidad que se le va a abrir ante sus ojos.

Esta realidad, cuajada de sorpresas, será el